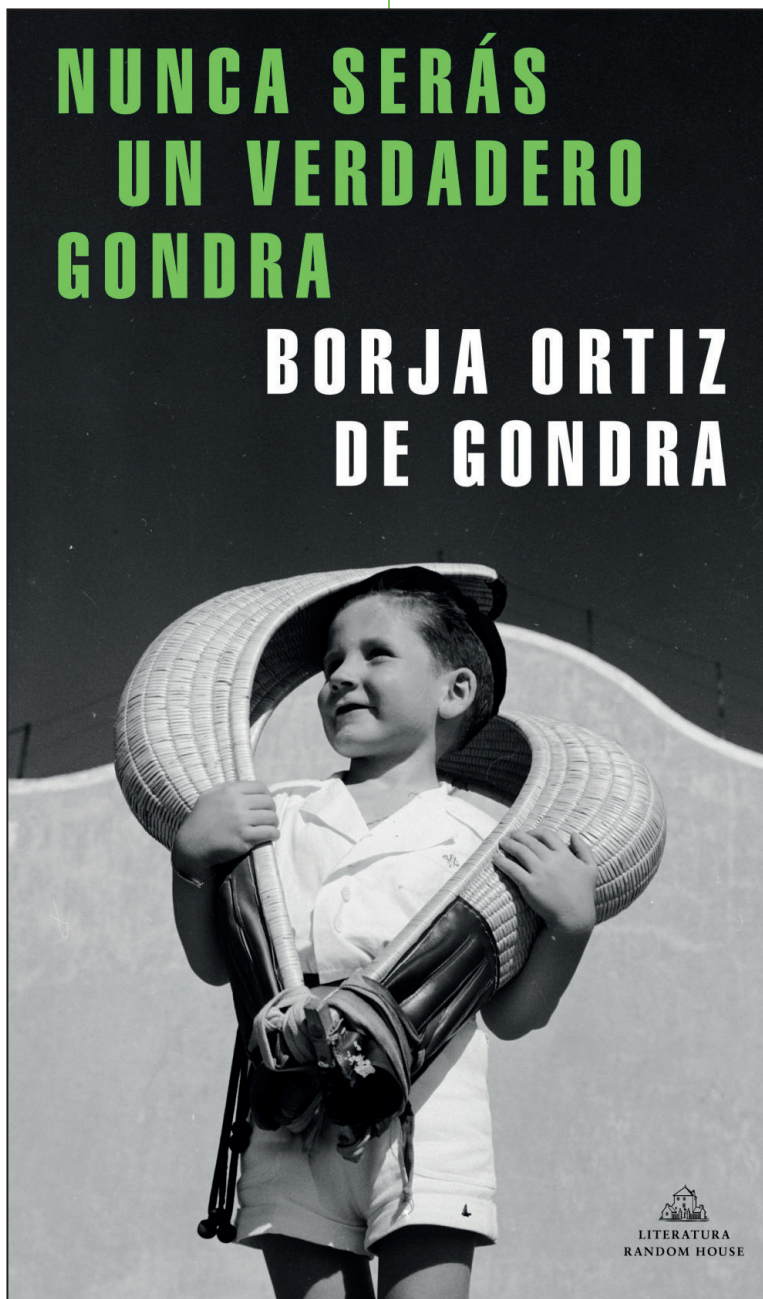




Guía de lectura

**NUNCA SERÁS
UN VERDADERO
GONDRA**

**BORJA ORTIZ
DE GONDRA**



Penguin **Club de lectura**

LA OBRA

Borja trabaja como traductor en un organismo internacional de Nueva York, donde vive con John, su pareja. Una noche recibe una llamada de una prima olvidada para comunicarle que su hermano acaba de morir y que tiene algo que darle. Hace mucho, en los noventa, Borja abandonó el País Vasco para romper con una familia y una tierra intoxicadas por el odio y la incompreensión. En Estados Unidos se convirtió en otra persona, alguien que, con las raíces arrancadas y un pasado sepultado, abrazó un presente vivido en libertad y en otra lengua.

Pero una llamada puede bastar para derribar los muros más altos. Ahora él,

hijo maldito de una estirpe venida a menos, es el único heredero del caserón abandonado que domina el mar desde lo alto del pueblo de Algorta. Sólo él puede abrir de nuevo la puerta y decidir qué hacer con tantos años de silencio y dolor. Pero cerrar las heridas no es fácil y el empeño de escribir un libro sobre aquel pasado tal vez contribuya a reavivarlas.

Ortiz de Gondra arma una punzante exploración sobre la identidad, la memoria y la posibilidad de construir un destino propio al margen del que nos impone la familia y del que nos marca nuestra tierra.

ESTRUCTURA DE LA NOVELA

Nunca serás un verdadero Gondra se sustenta en una complicada estructura narrativa que vertebra el libro en dos, pues es una novela de autoficción que a su vez intercala entre sus páginas los capítulos de otra novela, que el protagonista de la primera está escribiendo y con la que comparte la misma temática. Un sofisticado ejercicio de metaliteratura, en una constante sucesión de planos y voces, que además propone al lector un juego de máscaras o de espejos, pues aunque los personajes de una y otra son los mismos, tienen nombres diferentes y habitan en distintas épocas.

Como ha explicado su autor en alguna entrevista, «el libro se articula en dos planos: por un lado, lo que le ocurre a día de hoy a alguien que lleva mi nombre y apellidos y parece ser la novela que el lector tiene entre manos (*Nunca serás un verdadero Gondra*); por otro, los capítulos de una novela que yo estoy escribiendo sobre algo que sucedió en los años noventa y que lleva por título *Nunca serás un verdadero Arsuaga*. El lector entiende pronto que la familia ficcional de los Arsuaga es una trasposición de la familia de los Gondra, en la que cada per-

sonaje es el equivalente de uno real: Borja se transforma en Bosco, Juan Manuel en Juan Ignacio, Ainhoa es Ainara, etc.».

Y es que, con esta novela —de publicación posterior a sus piezas teatrales *Los Gondra* y *Los otros Gondra*, aunque el germen de la misma es mucho anterior a éstas—, el autor no pretendía una confesión autobiográfica como tal, por eso se esconde en unos personajes inventados y entrevera una ficción dentro de ese relato testimonial en primera persona, cercano al realismo, que es la novela que el lector lee. Así es como surgen ese personaje llamado Bosco, que parece que es él pero no lo es, y el Borja narrador, que tampoco es exactamente el Borja Ortiz de Gondra autor.

Una estructura poliédrica, una *mise en abyme* (procedimiento narrativo que consiste en imbricar dentro de una narración otra similar o de misma temática, de manera análoga a las matrioskas o muñecas rusas) que permite al autor, como no habría podido hacer mejor de otra forma, «aproximarme desde distintos ángulos a una expiación de culpas en voz alta que es al mismo tiempo real y ficticia».

TEMAS

El vínculo entre la herida y la memoria, que ya se adivina en la cita de Milosz con la que se inicia la lectura de *Nunca serás un verdadero Gondra*, es uno de los grandes temas de la novela. «¿Cómo encontrar el equilibrio justo entre honrar la memoria de quienes padecieron la violencia y pasar la página para que quienes vienen detrás puedan mirar con ojos limpios?», se pregunta

Borja al hilo de una conversación sobre su obra. Y es que la novela es en sí misma un gran interrogante, sin una clara respuesta por parte del autor, sobre si tenemos derecho a remover el pasado, a saber lo que en otro tiempo nos ocultaron o no quisimos saber, para lograr perdonar y seguir viviendo; o la única forma de lograrlo es olvidarlo y pasar página.

La novela también indaga en la **búsqueda de la identidad**, al margen de la familia y el entorno; la homosexualidad y el impulso creativo, frente a las expectativas familiares; la necesidad de vivir tu propia vida, de cortar con las ataduras, de escapar de un lugar que te oprime, de escribir tu futuro; y la culpa que eso desencadena, el sentimiento de culpa que crece en uno por abandonar a los suyos, quizás cuando más le necesitaban. «Uno no sale impune al romper los lazos y construirse una nueva identidad», dice el autor.

La violencia en Euskadi en los años de máxima actividad de la banda terrorista ETA y, sobre todo, cómo se convivía con esa violencia entonces («aquí llueve y explotan bombas», dice uno de los personajes cuando se refiere a la cotidianidad en la que viven) es otro de los grandes temas de la novela. Pero Borja no escribe un relato sobre el terrorismo etarra, entre otras cosas porque cree que «después de las novelas *Patria*, de Fernando Aramburu, en castellano, y *Martutene*, de Ramón Saizarbitoria, en euskera, ese camino ya está recorrido, y con brillantez». Así, *Nunca serás un verdadero Gondra* habla sobre violencia y sobre terrorismo, sí, pero desde otro ángulo, con una mirada más íntima, cotidiana, familiar, y también más actual. «A los novelistas

que venimos después nos queda hablar del legado y las heridas que ha dejado en nosotros el terrorismo; del día de hoy, más que de lo que fue», explica. Y eso es lo que él hace en su novela, explorar cómo vivieron él y algunos de sus allegados esos tiempos violentos, y sacar a la luz, desempolvar, las heridas que les han dejado, «con la esperanza de que la ficción nos ayude a tender puentes y a mirarnos a los ojos al cruzarnos por la calle con el otro, con aquel que piensa diferente».

Otro tema vital de este relato es **la conciencia de los límites del lenguaje**, «de que ninguna lengua puede dar cuenta del dolor que no se dijo», ha dicho el autor al ser entrevistado. Por eso en la novela se confiere gran importancia a las distintas lenguas con las que es capaz de expresarse el protagonista: euskera, francés, inglés y castellano; y que, sin embargo, en muchas ocasiones no le sirven para entender nada. Vinculadas a la identidad y a la memoria personal, «se presentan como puentes tendidos pero también como armas arrojadas contra quien no las domina», explica el autor, que se pregunta en más de una ocasión a quién pertenecen las lenguas. Es el abuelo del narrador quien le dará la respuesta: «*Hizkuntzak ez du jaberik!*» («¡La lengua no es de nadie!»).

PERSONAJES

BORJA Y BOSCO: Narrador y personaje. Uno es real, el otro inventado; o puede que ni lo uno ni lo otro. Uno vive en la actualidad, el otro en los años noventa. Uno habita en París, el otro en Nueva York. Ambos viajarán al pueblo de Algorta (País Vasco), a la tierra natal, a la lengua materna, a la mansión familiar, al lugar donde todo se mezcla y se confunde.

JUAN MANUEL Y JUAN IGNACIO: Juan Manuel es el hermano pequeño de Borja, Juan Ignacio el de Bosco. Juan Manuel ha muerto en la más absoluta soledad, Juan Ignacio está a punto de casarse. Ambos son abogados, como casi todos los hombres de su familia durante generaciones; ninguno de los dos parece querer serlo.

AINHOA Y AINARA: Las primas de Borja y Bosco. Ainara es violenta, abraza ideas cercanas al terrorismo, es enemiga de quienes no piensen como ella, y es muy vengativa; Ainhoa es madre, hizo las paces con Juan Manuel antes de que éste muriera, se reconcilió con su pasado, por eso quiere olvidar y ser reconocida como parte de una familia cuyo único miembro vivo ahora es Borja, al que se le dijo que nunca sería un verdadero Gondra.

EDURNE: La hija adoptada de Ainhoa, y por tanto sobrina segunda de Borja. De piel negra, no ha nacido en Euskadi ni tiene una sola gota de sangre vasca; sin embargo, habla perfectamente euskera y conoce muchas costumbres vascas, sus bailes, sus fiestas tradicionales, sus ritos. Representa el cambio de una sociedad, la esperanza de un pueblo que mira hacia delante, que sabe perdonar, cerrar las heridas y volver a caminar junto al otro.

LOS FANTASMAS DE SUS ANTEPASADOS: Le reprochan constantemente que sea un narrador poco fiable, mentiroso, que sólo cuente lo que quiere contar, que calle mucho, que invente más y que tergiversar a su conveniencia lo ocurrido. Son esas voces de sus antepasados que oye el protagonista, a través de la ventana o dentro de un armario decimonónico. O quizás son sólo imaginaciones suyas.

JOHN: La pareja del narrador, el vínculo con su vida actual, su familia neoyorquina, su identidad, su presente. Y también alguien que parece estar a punto de pertenecer, él también, a su pasado.

EXTRACTOS

«Y por las noches, mientras tecleo con rabia, doloridamente, no dejan de acosarme las dudas: ¿para quién, ya, esta vigilia? ¿No es un empeño vano, puesto que no hay más destinatario? ¿A quién querías que me dirigiera, si a nadie le interesan hoy aquellos rencores olvidados? Es entonces cuando necesitaría poder descolgar el teléfono como nunca lo hice y preguntarte: ¿qué importancia puede tener ahora que dijese que no, que diera aquel portazo que lo inauguró todo, que nunca leyese la carta que estaba sobre la mesilla? ¿A quién le servirá de algo conocer que abandoné a mi madre cuando decidió quedarse a pesar de la desbandada de los hijos? Es cierto: no, no supe ver que sin ti y sin mí, la casa tenía los días contados. No supe o no quise saber.»

«Por eso me enfrento de nuevo a la pantalla en blanco, sin poder dejar de sentir que en algún lugar, hermano, tú sueñas que yo escribo esto. Las letras negras van cayendo sobre la página como los copos de nieve sobre la tierra del parque en la madrugada.»

«Balbuceé algo ininteligible sobre “mi familia, *back there*”. ¿Qué podía decirle, si esa conversación la habíamos clausura-

do al principio, cuando decidimos comenzar de cero, él y yo solos, rotas las amarras con los pasados que aún herían? Se arrodilló junto a mí y me puso las manos sobre los hombros para que lo mirara a los ojos.

—Tu familia soy yo —afirmó con esa seguridad inquebrantable que tanto me había atraído cuando lo conocí—. Aunque no quieras casarte conmigo.»

«Poder acudir al panteón en el cementerio junto al acantilado sabiendo que, cuando se abra la losa y aparezca el hueco, allí estarán acogiéndonos, cumplido también su deber, serenos y muertos, cuantos nos precedieron en el apellido, una cadena ininterrumpida de Gondras perfectamente catalogados en la genealogía por la que podrías remontarte hasta el caserío originario donde tal vez todo comenzase en 1874 con aquello que yo no supe. Eso es lo que no querían perder jamás y nosotros dos nunca entendimos. Y ahora tú has de contar quieras o no, tú que no supiste ver lo que era de verdad importante y en las noches te aferras a esa pella de barro ya reseco que te sigue atando a nosotros. Contar, sí, para rescatar del silencio la herida y el dolor y cuanto se hundió con una casa centenaria que no supiste defender.»

«La voz de mi padre rompió de pronto el silencio que se había instalado entre nosotros un buen rato antes. Lo miré, interrogativo, pero su mirada estaba fija en la carretera y en la noche. Una lluvia infernal azotaba el parabrisas.

—No, no has sido un buen hijo —continuó, al cabo de unos segundos—. Hasta ahora.»

«—Voy a volver allí. Eso es lo que voy a hacer con mis días libres este año.

—*Where?* —me preguntó él, aunque sabía perfectamente de dónde estaba hablando.

—*Where I belong* —contesté instintivamente en inglés. Quizás porque esa expresión tan ambigua tenía múltiples traducciones en español, “a donde pertenezco”, “a donde me corresponde”, o quizás incluso, y mejor, “donde debo estar”, y yo no sabía exactamente lo que quería decir ni lo que estaba pensando, sin embargo, sentía en las tripas, tal vez por el efecto del alcohol, que eso era lo que tenía que hacer. Lo que iba a hacer. Apuré la cerveza de un trago.

—Yo no quiero pasar mis vacaciones en... —apuntó John.

—Solo. Tengo que ir solo.»

«No; yo no había sido el guardián de mi familia, y ahora mi hermano estaba muerto.»

«¿Qué podía querer decir Ainhoa con aquello de que había tratado a Juan Manuel “estos últimos tiempos”? ¿Y qué tenía que darme? En el mensaje grabado no había rencor, ni veladuras, ni una sombra de duda o zozobra. Lo había

vuelto a escuchar una y otra vez al regresar del *biergarten*, escudriñando la inflexión de cada frase, y todo lo que lograba descifrar era franqueza, una afabilidad que me extrañaba, como si no hubiera ocurrido nada hacía tantos años en el frontón y en el restaurante.»

«*No te fijaste en la mirada de tu madre ni viste a qué hubiera estado dispuesta en aquel momento, lo que refulgía en sus ojos que también se iban dejando contagiar. No te fijaste como no nos fijamos tampoco ninguno de nosotros en 1935 cuando se oyeron las primeras consignas en el Casino de Algorta, y luego comenzaron las primeras palizas. ¡Si pudieras contemplar ahora aquellos ojos y los tuyos, si pudieras percibir el odio!*»

«Pero ¿cómo armar una novela con esos recuerdos dispersos que pasé años tratando de silenciar? ¿Cómo encontrar el hilo que desenmarañe lo que nos dijimos y lo que nos ocultamos, lo que nadie supo y lo que todos creyeron? ¿Cómo hacer un todo coherente, con principio, nudo y desenlace, que logre explicar el vínculo que lleva desde aquella huida furiosa entre insultos y acusaciones en 1998 hasta la conversación entrecortada y llena de sobreentendidos con Ainhoa en el cementerio hace unos meses, como si todo respondiera a un designio, al plan consciente de un hacedor que supiera de antemano dónde encajarán las piezas y dosificara la información y los golpes de efecto?»

«Ahora que ha parado la ventisca de nieve y el aguacero se estrella contra los

cristales, miro las gotas furiosas en la madrugada neoyorquina como tantas veces las miraba de adolescente en la casa junto al mar: ensimismándome en los caminos caprichosos que forman sobre el vidrio frío y preguntándome qué tengo que ver yo con lo que pensaron y desearon y sufrieron todos esos Gondra que fueron necesarios para que tú y yo llegáramos a ser, el abuelo Martín de Gondra decidiendo quedarse tras la Guerra Civil y no reclamar el frontón para poder seguir viviendo en Algorta y que hizo venir a su hermano en un episodio trágico del que yo no sabía nada hasta que Ainhoa me lo reprochó airadamente, o don Alberto de Gondra regresando de Cuba antes de la entrega de la isla a los rebeldes y levantando la casona junto al acantilado convencido de que nadie recordaría en la tierra originaria lo que había ocurrido en una noche terrible de guerra carlista en 1874, ese tortuoso árbol familiar en cuyos secretos debe de encerrarse una clave que no hallo para explicar cómo llegamos a lo que llegamos, al odio en los ojos de unos primos segundos que de niños habían bailado juntos y felices en la romería delante de la iglesia.»

«Yo había pasado unas oposiciones con candidatos de todo el mundo, me había ganado mi plaza demostrando que era capaz de traducir enrevesados textos diplomáticos en inglés y francés, nadie me había regalado mi puesto y durante años, hasta que llegó ella, ningún jefe había pensado que yo tuviera problemas con mis conocimientos lingüísticos y me habían ido ascendiendo en el escalafón sin problemas; si a veces no com-

prendía sus estúpidos chistes neoyorquinos plagados de yidis, eso no significaba que no pudiera hacer perfectamente mi trabajo. Ninguno de los cientos de funcionarios que redactaban textos en la bizantina jerga de la diplomacia internacional iba a utilizar jamás esos modismos que no se entendían más allá del Lower East Side.»

«No dijo “el pasajero”; dijo “el turista”, y pensé en la ironía de la situación: con mis quince apellidos vascos y mi tortuoso árbol genealógico de carlistas y *base-rritarras*, de euskalerríacos y foralistas y cuatro generaciones de abogados bilbaínos liberales, sabía yo ya menos de aquí que esta mujer que habría llegado hacía pocos años y manejaba desenvuelta ese euskera coloquial. Era un turista, no cabía negarlo. Me arrellané en el asiento dispuesto a mirarlo todo con los ojos de quien lo ve por primera vez.»

«Cuando abandonamos la carretera que discurre junto a la ría para enfilar el último tramo hacia Algorta, donde empiezan ya las mansiones nobles y los palacetes de alcornia y los jardines privados, me di cuenta de que ahora la ruptura ya no resultaba tan abrupta entre las casas de los obreros de Lamiako y las residencias de los señoritos de Las Arenas y pensé en mi padre y supe exactamente las palabras que hubiera dicho, “Todo se pierde y ya no se sabe quién es quién, hijo, ni dónde estamos cada uno” y sentí una punzada de dolor.»

«La habitación del fondo. La última. La que había heredado de la tía abuela Isa-

bel. “El dormitorio de las solteronas de la familia”, decía la abuela Angelita con recochineo. Cuando yo me mudé allí, lo siguió diciendo. Yo lo repetí mucho. Con una ironía que ella no entendió nunca.»

«Ana me recibió malhumorada delante de la taberna en la que nos habíamos citado: cómo se me ocurría aparecer con tantísimo retraso, para llegar hasta el centro de la plaza ahora tendríamos que atravesar el grupo de los que venían a reventar la concentración, ¿es que no sabía cómo funcionaban las cosas aquí?

Recordarás aquella viñeta que tanta gracia os hizo años antes, cuando aún os permitáis la guasa, en la que una señora con dos inmensas bolsas de supermercado preguntaba a otra que arrastraba un carrito de la compra: “Oye, Mari, ¿vas a la manifestación a favor de eso?”. Y la otra le contestaba: “No, chica, voy a la manifestación en contra, que me deja más cerca de casa”. La recordarás y no la incluirás en tu relato mentiroso.»

«De pronto, percibí nítidamente la voz de Andoni, “¡Asesinos!”, y sentí que el mástil me había golpeado en la nuca. El barco naufragaba definitivamente y la mar enfurecida escupía sus olas. Esa voz que me había susurrado palabras de cariño y ternura, ¿cómo podía sonar ahora tan escabrosa y cargada de desprecio? ¿Y qué quería decir con “asesinos”? Las palabras son solo fonemas asociados a un sentido, pero en los sonidos secos y contundentes que salían de esa boca que me había besado un día no encontraba ninguno. ¿Qué lógica tenía llamar asesinos a

quienes protestaban por el asesinato y no a quienes apretaban el gatillo? ¿Qué mundo al revés creaba ese bramido que no hubiera debido estar ahí, a mis espaldas, en un bando contrario corroído por el rencor?»

«En la casa, la respuesta siempre te estaría aguardando en la casa. Como yo, que nunca me moví de aquel ventanal, perseverando contra toda esperanza hasta que alguien supiera ver y oírme. Solo tenías que ponerte en camino.»

«Me volví para dar las gracias a don Íñigo, pero ya no había nadie: quizás habían sido simplemente el viento y la lluvia colándose por los cristales rotos quienes me habían susurrado esas historias antiguas y terribles. Comprendí que estaba solo, definitivamente solo, y sin embargo por primera vez me sentí acompañado y sereno entre las ruinas de los muros. Bajé las escaleras muy lentamente, con la urna en una mano y la cesta en la otra, apoyando la espalda contra la pared, no era cuestión de tener un accidente ahora que por fin sabía lo que había que hacer.»

«—Llévate esto a Nueva York, Borja. —Me entregó la masa húmeda y fangosa—. Es lo que hizo tu hermano, cuando tuvo que irse. Vino aquí y arañó un puñado de tierra. “Para no olvidar nunca de dónde venimos”, me contó.

“De aquí vengo y aquí volveré un día, yo también», supe inmediatamente al sentir el tacto frío entre mis dedos. «Y ellas, si encontramos la manera de deshacer el último nudo.»»

PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. ¿Creéis, como el autor, que para sanar, cerrar heridas y vencer traumas es necesario rebuscar en la memoria, desempolvar viejas rencillas, airear los trapos sucios, volver a ese pasado que dejamos atrás? ¿O acaso es preferible olvidar y pasar página sin hurgar en esas heridas ni poner nombre a los traumas?
2. *Nunca serás un verdadero Gondra* es una novela de autoficción, el género de moda en nuestro país, en la que el autor cuenta los secretos de su familia y los suyos propios, sus miedos, sus miserias, su huida hacia delante. ¿Qué otros títulos de autoficción habéis leído? ¿Y por qué creéis que últimamente se ha revalorizado este género?
3. El autor ha dicho en una entrevista que en el libro planea constantemente la pregunta que él se hace a diario como escritor y como ciudadano de si la ficción sirve para cerrar mejor las heridas y sanar. ¿Qué opináis al respecto?
4. Las distintas lenguas, y su importancia en la búsqueda de nuestra identidad, son fundamentales en la novela, y así lo ha expresado su autor. De hecho, en sus páginas se intercalan frases en francés, inglés y euskera sin traducción al castellano, por deseo expreso de Borja. ¿Creéis que eso ayuda a dar sentido al discurso de su personaje, atrapado como está en varios mundos, en varias vidas, a pesar de que el lector pueda no entender el sentido de esas frases? ¿Hubierais preferido una nota de traducción al margen o creéis que la genialidad reside precisamente en lo contrario?
5. Como en *Patria*, de Fernando Aramburu, *Nunca serás un verdadero Gondra* se desarrolla en parte en los años más sanguinarios de ETA en el País Vasco. Pero en la obra de Borja la violencia es de baja intensidad, cotidiana, casi invisible, los protagonistas no sufren ningún atentado ni estalla ninguna bomba. ¿Creéis que es por ello menos fiel a la realidad que se vivió esos años en Euskadi? ¿O es acaso esa violencia cotidiana que describe Borja el verdadero germen de todo lo demás y, por ello, mucho más destructiva y feroz?

6. Ésta es también una novela sobre la pertenencia a una determinada familia —en su caso una familia vasca de rancio abolengo— y sobre cómo construir una identidad propia al margen de las expectativas familiares, de la sociedad, del momento que nos toca vivir. ¿Alguno habéis sentido también esa necesidad de ir a contracorriente, de buscar su propio camino, de ser el dueño de su destino, aun sabiendo que defraudaría a su familia? ¿Es demasiado alto el precio que se debe pagar o merece la pena, a pesar de todo?
7. Habida cuenta de que en la novela hay un inteligente ejercicio de metaliteratura —la novela *Nunca serás un verdadero Arsuaga* que el protagonista está escribiendo, y cuyos capítulos se intercalan con los otros—, continuos saltos en el tiempo y en el espacio —de los años 80 y 90 a los 2000, de París a Nueva York, pasando por Algorta—, y distintas voces narrativas —hasta un antepasado muerto recrimina en ocasiones al protagonista desde el centenario armario del legado familiar—, ¿os ha resultado difícil su lectura? ¿O esta aparentemente caótica estructura ayuda a dar sentido al relato?
8. El autor parece preguntarse constantemente cuándo tiene que terminar la memoria y empezar el olvido. Porque sin memoria se repiten los errores, y sin olvido se repite la culpa, generación tras generación. ¿Cuál es vuestra opinión tras la lectura? ¿Creéis que el autor ha sabido encontrar el equilibrio entre saber y olvidar?
9. Uno de los familiares del protagonista, de esa rama de los Gondra de la que no se puede casi ni hablar desde las guerras carlistas, es una niña negra adoptada, sin una sola gota de sangre vasca. ¿Pensáis que es un personaje fundamental para entender el cambio que se está viviendo en Euskadi en los últimos años y tras el fin del terrorismo etarra?
10. La homosexualidad del protagonista y sus impulsos artísticos —que se enfrentan a las expectativas de una familia que lo quiere bien casado y ejerciendo de abogado, como todos sus antepasados— son asuntos que también se abordan en la novela. Para su familia son sólo defectos, taras de ese hombre que nunca será un verdadero Gondra. ¿Creéis que esa homosexualidad y esa reivindicación del arte como necesidad vital fueron trascendentales en la liberación del protagonista? O, dicho de otra forma, de no haber nacido homosexual y artista, ¿veis más probable que Borja hubiera aceptado el destino que le imponía su familia?

11. ¿Os resultó difícil entender el juego de espejos que plantea el autor al presentar a los personajes desdoblados en dos? ¿Qué creéis que pretendía Borja al hacerlo así? ¿Por qué no seguir una estructura lineal en el tiempo y siempre con los mismos personajes, teniendo en cuenta que está haciendo autoficción? ¿Esta forma de contar la historia supone un hándicap para el lector o, por el contrario, la enriquece y clarifica?
12. En más de una ocasión, el autor ha explicado que no es relevante, ni quiere aclararlo, cuánto hay de verdad en lo que cuenta y cuánto ha inventado para armar esta novela. En este sentido, ¿pensáis que la autoficción debe ceñirse a contar la verdad de las cosas, la realidad tal y como sucede, o quienes cultivan este género pueden permitirse la licencia de inventar? Y ¿hasta qué punto es verdad lo que uno dice, teniendo en cuenta que la memoria es mentirosa y que lo que uno cuenta no deja de ser simplemente una percepción subjetiva de los hechos?
13. Sin pretender hacer spoiler, ¿qué opinión os merece la forma en que Borja resuelve el final, con la inclusión de esos mails y esas notas de diario escritas rápidamente, sin pensar?

EL AUTOR



© Lisbeth Salas

BORJA ORTIZ DE GONDRA (Bilbao, 1965) se graduó en Derecho, Teatro y Traducción. En su larga trayectoria de dramaturgo ha obtenido, entre otros premios, el Calderón de la Barca, el Lope de Vega y el Max a la Mejor Autoría Teatral por diversas obras representadas en Argentina, España, Francia, México o Rumanía y traducidas a varios idiomas (*Duda razonable* o *Memento mori*); en otras más

recientes ha explorado las posibilidades de la autoficción familiar en el teatro: *Los Gondra (una historia vasca)* y *Los otros Gondra (relato vasco)*. Como traductor, ha trabajado en organismos internacionales y ha vertido al castellano literatura anglosajona y francesa. Residió en París y Ginebra y en la actualidad vive entre Nueva York y Madrid. *Nunca serás un verdadero Gondra* es su primera novela.

DECLARACIONES DEL AUTOR

«La primera novela es virgen y necesita sacarse una historia. Necesitaba contar los años ochenta en el País Vasco, años de mucha violencia. Una tierra como la mía te empuja a posicionarte y en la

novela me pregunto cómo encuentro una vía para ser yo mismo. La literatura me ha permitido ser quien yo quería ser y no quien querían que fuese.»

LA CRÍTICA HA DICHO

«Acabo de terminar *Nunca serás un verdadero Gondra*, la primera novela de Borja, que he leído casi sin aliento, aplastada por la desolación que impregnan unas páginas cuyo contenido argumental ya conocía en gran parte. Y nunca me había pasado nada parecido. [...] No sé si Borja Ortiz de Gondra seguirá diseccionando la misma historia en otras obras de teatro, otras novelas que escriba en el futuro, pero estoy segura de que, si lo hace, yo seguiré leyéndole para asombrarme de su talento y de su audacia.»

Almudena Grandes, *El País*

«Secretos de familia y un odio viejo que se renueva en cada generación. Esta novela nos habla de la violencia desde un lugar tan íntimo que nos fascina y estremece, y eleva el conflicto a una tragedia clásica. Ahí está el negro corazón de los humanos. Pero también la esperanza.»

Rosa Montero

«Esta novela se recorre con la emoción de las historias que nos atañen y, gracias a su aguda disección de nuestras miserias, nos atrapa a la vez que nos incomoda. Que volvamos o no la vista hacia atrás ya será cosa nuestra.»

Nando López, *Zenda*

«No menos brillante que sus obras teatrales es esta novela que nos plantea hondas e inquietantes cuestiones en los espinosos territorios de los secretos familiares, el ominoso y cómplice silencio, el posible o inviable perdón. ¿Se pueden cerrar las heridas? ¿Resulta realizable “saldar la deuda y la culpa”?»

Carmen R. Santos, *ABC*

«El mundo, los secretos desvelados y el dolor del universo Gondra destilan autenticidad. No se arrepentirán de sumergirse en él.»

Rafael Fuentes, *El Imparcial*

